

CIUDAD, UNIVERSIDAD Y ARTE

Se afirma con frecuencia que la ciudad es una creación de los hombres. Sin embargo, cabría preguntarse —cuando menos en un sentido figurado— si no sería lo contrario. La ciudad tal vez sea la verdadera inventora, la constructora, la creadora de los seres humanos. Es muy difícil imaginar, cuando menos en nuestros días, la existencia de una persona despojada por completo de una relación con la ciudad. Aun bajo la forma del rechazo y el alejamiento, incluso desde la repugnancia o la búsqueda de alternativas de sociabilidad —modos de relacionarse a “escala humana”—, la ciudad aparece como la mayor forma política de la historia.

La ciudad siempre fue generadora y facilitadora de intercambios de toda naturaleza. En ella se realizó, y se realiza, un trueque permanente de imaginarios constructores de vida y productores de riqueza y se hace posible la búsqueda de las ideas orientadoras del actuar individual y colectivo en el tiempo y en el espacio. Sea tratándose de las ciudades antiguas o premodernas —que organizaban sus desplazamientos en torno de ideas muy específicas sobre la trascendencia y la felicidad material—, sea en nuestras metrópolis contemporáneas, que articulan su realidad alrededor de la economía monetaria, en todas las ciudades se opera la producción e irradiación del mundo.

Ahora bien, no obstante que esa maniobra de invención se soporta sobre el esfuerzo de la totalidad del entramado social, la ciudad ha instituido un espacio cuyo privilegio y responsabilidad reside, precisamente, en orquestar ese conjunto de esfuerzos creativos. Tal operación de enfoque y concentración ha sido históricamente el sentido, la misión y la aspiración última de la universidad.

En efecto, llamada a visibilizar la producción e irradiación del mundo —de los mundos—, la universidad cumple en el cuerpo ciudadano el papel de interrogar, proponer, decir y contradecir, inventar, refutar y reinventar de manera incesante los órdenes de la realidad. Ahora bien, esa función simultánea y permanente de constitución y detonación, de enunciación y réplica, que corresponde a cualquier ejercicio o modalidad productora de conocimiento, encuentra en el ámbito de las artes un territorio especialmente fértil. Pues es allí, al margen de las intolerancias que suelen enraizar el panorama de quien se afana aún en procura de la verdad, donde las verdades pueden hacerse manifiestas y desplegar toda su contundencia. Ese mandato a través del cual la ciudad conmina a la universidad a la producción de versiones del mundo capaces de encarar los apremios inaplazables de la vida, encuentra en las prácticas artísticas una alternativa de realidad.

Este número de Calle 14 se ocupa en presentar enfoques diversos desde los cuales se hace explícita esta preocupación. En pocos momentos de nuestra historia ciudadana hemos encarado desafíos tan desmesurados como en este que nos corresponde. Quizá no sea exagerado afirmar que a partir de lo que optemos ahora, del sentido en que ordenemos nuestras construcciones de ciudadanía, se hará viable uno u otro mundo, una u otra realidad. Urge entonces, para cada uno de nosotros, como sujetos que ven comprometida su capacidad de discernimiento y acción, y como comunidades compelidas a la toma de decisiones inaplazables, hacer acopio de suficientes herramientas de comprensión y juicio. Estamos seguros de que los textos que el lector encontrará a continuación, contribuirán de manera propositiva en dicho propósito.

Rafael Mauricio Méndez



